

El brillo que hace daño

Una mirada humana desde el conocimiento científico de la alta capacidad

La alta capacidad no es una disfunción ni una rareza, sino una forma ampliada de percibir la realidad: un modo más profundo, más sensible y más veloz de procesar el mundo. Durante años, sin embargo, se la ha reducido a un número: el resultado de una prueba psicométrica o un rendimiento académico superior.

Esta visión limitada comenzó a cambiar en los años setenta, cuando el estudio del desarrollo cognitivo y su influencia en las dimensiones emocional, social y conductual permitió comprender que la alta capacidad no puede medirse solo en cifras. Es una experiencia integral, diversa y, a menudo, invisible.

Ni el DSM ni la CIE —los manuales que clasifican los trastornos mentales— han considerado nunca la alta capacidad como una patología. No lo es. Es una forma distinta de existir, de mirar y de sentir. Una percepción aguda que capta matices que otros no ven, una necesidad de precisión en el lenguaje porque lo que no se nombra bien no se transmite, una profundidad lógica que busca coherencia incluso donde el entorno se conforma con la superficie.

La vivencia interna

Estos niños viven en un estado constante de curiosidad y asombro. Quieren compartir su entusiasmo, explicar lo que ven y contagiar la emoción que los atraviesa. Pero el entorno, más pragmático y veloz, suele premiar la concreción y el resultado inmediato.

Lo que para ellos es una exploración genuina del conocimiento, para otros puede parecer exceso o dispersión.

Perciben más de lo evidente: asociaciones, relaciones, patrones que los demás no alcanzan a advertir. Y, aun así, intentan traducirlo, explicarlo, hacerlo entendible. Se debaten entre la fidelidad a su propia forma de pensar y la necesidad de ser comprendidos. Entre expresar lo que son y adaptarse a una lógica que no siempre comparten. En esa tensión diaria, aprenden a navegar solos, pero profundamente despiertos.

Esta contradicción no se limita a la infancia. A medida que crecen, muchos aprenden a silenciar su diferencia. Saben que deben adaptarse: callar, moderar su entusiasmo, fingir que no saben tanto o que lo que piensan no importa.

Y lo hacen con plena conciencia, como estrategia de supervivencia social. Primero para integrarse; después, para poder aportar sin ser rechazados.

Aceptan procedimientos que consideran lentos, normas que no comprenden, jerarquías que les resultan arbitrarias. Y, aun así, siguen adelante, impulsados por la certeza de que lo que ven —ese destello de posibilidad que los demás aún no perciben— vale la pena.

Esa perseverancia no es resignación: es una forma de resistencia silenciosa, de persistir sin dejar de ser.



Dra. Inmaculada Escamilla.

Psiquiatra Especialista en psiquiatría infantil, adolescente y del adulto, y directora de INAE

“Cuando el conocimiento no se acompaña de seguridad personal, la alta capacidad deja de ser impulso creador para convertirse en carga silenciosa.”

Caminar con conocimiento... o con peso

La capacidad de sostener una estrategia, de autocontrolar la emoción y perseverar, depende en gran medida de la seguridad interior. Cuando el niño confía en sí mismo, el conocimiento se convierte en un motor. Pero cuando esa base falla, el saber se vuelve peso. Entonces aparecen la frustración, la duda, la sensación de avanzar sin propósito. Los logros dejan de vivirse como conquistas y se transforman en simples obligaciones cumplidas.

Lo que antes era entusiasmo se convierte en cansancio, y la lucidez, en un fardo que cuesta sostener.

Cómo construir seguridad

Esa seguridad nace cuando el niño puede nombrar lo que le pasa, cuando se le da un lenguaje para entenderse y no se le juzga por sentirse distinto. Se fortalece cuando descubre que hay otros como él y, sobre todo, cuando experimenta que su voz cuenta y su pensamiento aporta. Entonces, la soledad se transforma en identidad, y la lucha, en propósito.

Pero ¿cómo lograrlo en un aula donde la mayoría aprende a otro ritmo y con otra lógica?

No se trata de pedir al sistema educativo medidas extraordinarias. Se trata, simplemente, de conocer esta realidad y mirarla con otra clave. Saber que, para algunos niños, la alta capacidad no es solo un don, sino también un desafío. Que detrás

de esa aparente dispersión o insistencia puede haber una mente que busca ser comprendida.

A veces, con solo saberlo, ya cambia todo.

La importancia de la mirada

A menudo basta con no penalizar lo que no es falta de respeto, sino la forma que el niño ha encontrado para ser escuchado.

No es interrupción, es deseo de compartir. No es distracción, es lucha por enfocar una mente que va más rápido de lo que el entorno permite. No es desafío, sino honestidad en la búsqueda de sentido.

Ese niño aprenderá con el tiempo a contener, a comprender los matices, a obedecer incluso cuando no entienda. Pero lo hará mejor si se siente aceptado. Porque la mirada del adulto puede ser el espejo en el que descubra su propio valor. Puede marcar la diferencia entre callar o seguir pensando, entre esconder el brillo o dejarlo iluminar.

Lo que para otros es rutina, para él es heroísmo

Tendrá que seguir normas que no siempre entiende, adaptarse a ritmos que no comparte. Y lo hará. Pero no debemos olvidar el esfuerzo que eso implica: aceptar sin comprender, contener una idea que percibe más eficiente, callar una intuición que tal vez mejore el sistema.

Mientras otros obedecen por costumbre, él lo hace desde una comprensión más compleja: sabe que el mundo funciona con reglas que aún no entiende, y elige pertenecer a él de todos modos.

En su universo mental, lo fácil suele ser lo difícil, y lo difícil, lo fácil. Por eso, cuando cumple una norma, cuando elige adaptarse, está realizando un acto de respeto y autocontrol extraordinario.

Lo que para otros es rutina, para él es un logro heroico. Y reconocerlo no significa cambiar las reglas, sino mirar con gratitud el esfuerzo que hay detrás de su aparente facilidad.

Porque en ese esfuerzo silencioso también brilla su grandeza.

